

Romana, un precioso servicio, con la frescura y viveza de sus exposiciones, uniendo sabiamente la profundidad y la concisión, enriquecidas con su sobresaliente sensibilidad y también por su personal experiencia espiritual y pastoral» (p. 199).

Comienza con una meditación sobre «El Hijo», donde desarrolla que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre y que nos ha hecho a nosotros hijos de Dios; la filiación divina es el punto de partida. Viene luego la revelación fundamental de Jesucristo, que Dios es «Padre Misericordioso», para hablar a continuación del Espíritu Santo, Espíritu de Jesús. La fe en Jesucristo es el objeto de la cuarta meditación, al desarrollar el texto de los Hechos en que «en ninguno otro hay salvación» fuera de Jesucristo (Hechos 4, 12). La oración de Jesús, y nuestra oración, ocupa el capítulo quinto. Siguen luego unas consideraciones sobre la «lectura gustosa» de las Sagradas Escrituras, uniendo la lectura y meditación de las Palabras divinas con la Eucaristía. Al hilo de la Pasión del Señor, analiza el tema del sufrimiento y luego, con su Muerte, hace una meditación sobre esa realidad última, la primera de las verdades eternas. Los temas que trata en las siguientes meditaciones son el misterio eucarístico, la fraternidad cristiana, la fraternidad sacerdotal, para pasar luego a hablar de la Iglesia y de la Iglesia como Madre, a la que se debe amar.

Los capítulos 15, 16 y 17 se titulan «Con Cristo casto», «Con Cristo pobre», «Con Cristo obediente», y desarrollan ampliamente los tres consejos evangélicos. Luego medita sobre Cristo como nuevo Adán, que recapitula en sí todas las cosas. La experiencia del martirio en la primitiva cristiandad y luego a lo largo de los siglos es también expuesta partiendo del Apocalipsis. El Señorío de Cristo,

que se extiende a todas las realidades, ayuda a entender el tiempo presente y a preparar la Parusía del Señor, que se completa con el capítulo siguiente sobre la esperanza cristiana, donde se habla del premio y del castigo. Finalmente, el capítulo 21 está dedicado a María, «Madre de Jesús, causa de nuestra alegría».

Un texto pues muy denso, lleno de anécdotas, hechos vividos, citas de los grandes místicos, Padres de la Iglesia, autores de todos los tiempos, muchos de ellos modernos, y también con abundantes referencias a textos magisteriales, algunos de Juan Pablo II, y todo ello tejido sobre el tema central de meditación: Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Jaime Pujol

François Xavier NGUYEN VAN THUAN, *Testigos de esperanza*, Ciudad Nueva, Madrid 2000, 249 pp., 13 x 20, ISBN 84-89651-84-1.

Como tantas veces escribiera Jean Mouroux, la fe está estrechamente unida al testimonio. Efectivamente, por la fe creemos en Alguien, en la verdad de sus palabras, que nos viene avalada por la realidad del testimonio. Ahí radica, en parte, la importancia teológica de los mártires: no sólo es que su vida ha terminado de modo heroico; es, además, que esa vida se ha ofrecido en humilde testimonio de la fe entregada a Dios. Y Dios ha manifestado su poder en esa entrega, precisamente «haciendo de la fragilidad su propio testimonio» (Misal Romano, *Prefacio de mártires*).

En este ámbito se encuentra situado este libro del arzobispo Nguyen en el que se recogen los Ejercicios espirituales predicados en el Vaticano en presencia de Juan Pablo II precisamente en el co-

mienzo del Tercer Milenio. Como es bien sabido, el arzobispo Nguyen era arzobispo coadjutor de Saigón (ahora ciudad de Ho Chi Minh) en 1975, cuando fue arrestado. Pasó 13 años en la cárcel, 9 de ellos en régimen de aislamiento. En la actualidad es Presidente del Consejo Pontificio de la Justicia y de la Paz.

El libro está vertebrado sobre el concepto y la teología de la esperanza. El lector encuentra en él muchos de los temas habituales en los Ejercicios espirituales, pero los encuentra expuestos en una forma nueva —también con un orden nuevo— y con un especial vigor. Puede decirse con toda justeza que nos encontramos ante unas páginas jóvenes y sabias, sencillas y profundas. La juventud proviene del íntimo contacto con la experiencia, cribada en la meditación de la Escritura y de los Padres de la Iglesia; la sabiduría les viene del mucho sufrimiento y la mucha alegría que se testimonia en estas páginas, y del buen conocimiento de la Teología —también de los autores contemporáneos— que subyace a ellas. Sabiduría también a la hora de escoger los testimonios, entre ellos, los entrañables testimonios de personas pertenecientes a otras confesiones cristianas. En esos testimonios brilla con esplendor propio la dimensión ecuménica del martirio, haciendo realidad la conocida observación de Juan Pablo II: «El ecumenismo de los santos y de los mártires es quizá el más convincente» (*Tertio millennio adveniente*, n. 37).

Especialmente conmovedoras resultan las numerosas páginas dedicadas al martirio. Casi sin pretenderlo, el Autor va dejando acá y allá agudas observaciones sobre las diversas situaciones martiriales, sobre el martirologio de nuestro siglo y sobre la grandeza teológica del martirio. De hecho, el libro es una invitación a «abrir los ojos y leer esta visión (Apc 7, 9-14) en nuestro tiempo: se ve-

rá una multitud de mártires. Los nuevos mártires del siglo XX. No son sólo unos cuantos. No son raras excepciones, sino una multitud inmensa que no es fácil contar. Centenares de miles de hombres y mujeres. No nos han llegado muchos testimonios sobre ellos. Otros se han guardado celosamente en los archivos de los verdugos. El nombre de otros se ha manchado, añadiendo la ignominia al martirio... Son *una multitud inmensa que nadie puede contar*» (p. 124).

Y sin embargo, no es el martirio la clave del libro, sino la esperanza, que es la que de hecho lo vertebra. Así se ve, por ejemplo, al enumerar los títulos que presiden el agrupamiento de estas meditaciones: Con la fuerza de la gracia de Dios; ¡Espera en Dios!; La aventura de la esperanza; Esperanza contra toda esperanza; El pueblo de la esperanza; Renovar en nosotros la esperanza.

El libro comienza con el texto de la Carta de agradecimiento que Juan Pablo II dirigió al Autor, y que explican el por qué y el cómo de este libro: «He deseado —le dice— que en el curso del Gran Jubileo se diese especial relevancia al testimonio de personas que ‘han sufrido por su fe, pagando con la sangre su adhesión a Cristo y a la Iglesia o afrontando con valentía interminable años de cárcel y de privaciones de todo tipo’ (*Incarnationis mysterium*, n. 13). Éste es el testimonio que usted ha compartido con nosotros con calor y emoción, mostrando que en toda la vida del hombre, el amor misericordioso de Dios, que trasciende toda lógica humana, es sin medida, especialmente en los momentos de mayor angustia. Usted nos ha asociado así a todos aquellos que, en distintas partes del mundo, siguen pagando un pesado tributo en nombre de su fe en Cristo» (pp. 5-6).

Lucas F. Mateo-Seco